



www.loqueleo.santillana.com

La Mena y Anisilla

© Del texto: 1999: Hernán Garrido-Lecca

© De las ilustraciones: Carlos Malásquez

© De esta edición:

2015, Distribuidora y Editora Richmond S.A.

Carrera 11 A # 98-50, oficina 501

Teléfono (571) 7057777

Bogotá – Colombia

www.loqueleo.santillana.com

• Ediciones Santillana S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (1001), Buenos Aires

• Editorial Santillana, S.A. de C.V.

Avenida Río Mixcoac 272, Colonia Acacias,

Delegación Benito Juárez, CP 03240,

Distrito Federal, México.

• Santillana Infantil y Juvenil, S.L.

Avenida de Los Artesanos, 6. CP 28760, Tres Cantos, Madrid

ISBN: 978-958-743-440-8

Impreso en Colombia

Impreso por Editorial Delfín Ltda

Primera edición en Colombia: octubre de 2012

Segunda edición en Colombia: octubre de 2015

Dirección de Arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol Del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

La Mena y Anisilla

Hernán Garrido-Lecca



loqueleq

Para María-Chloé

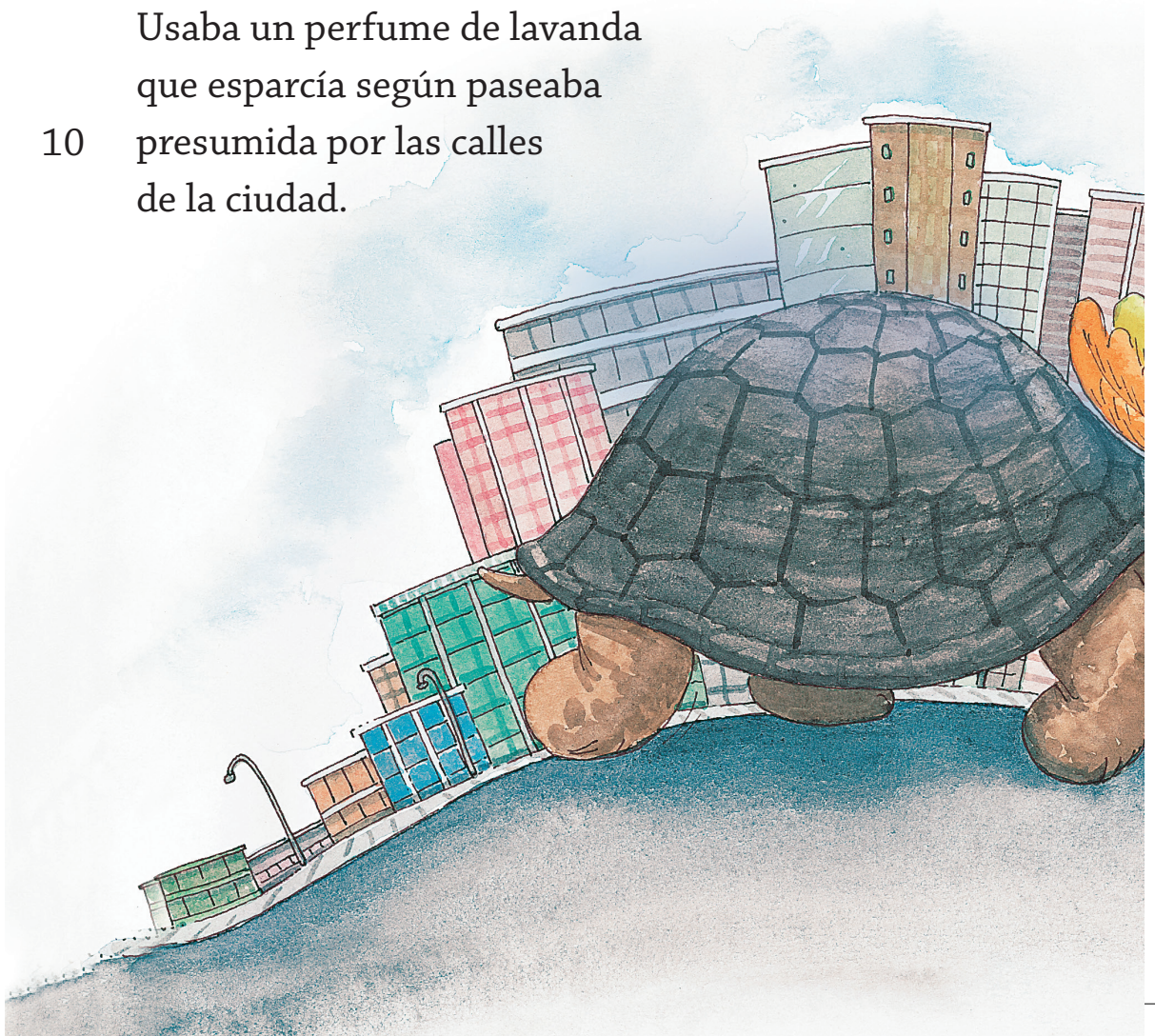




Había una vez una tortuga muy pero muy grande: tan grande como un Volkswagen.
Se llamaba Filomena pero le decían
“la Mena”.

La Mena era muy elegante y siempre andaba con un sombrero verde limón, en forma de hongo, adornado con dos plumas: una naranja y otra amarilla. Usaba un perfume de lavanda que esparcía según paseaba presumida por las calles de la ciudad.

10



Lo que nadie sabía era que la Mena no veía bien y, vanidosa como era, no le gustaba usar gafas. ¿Cómo hacía entonces la Mena para caminar tan tranquila por las calles de la ciudad?

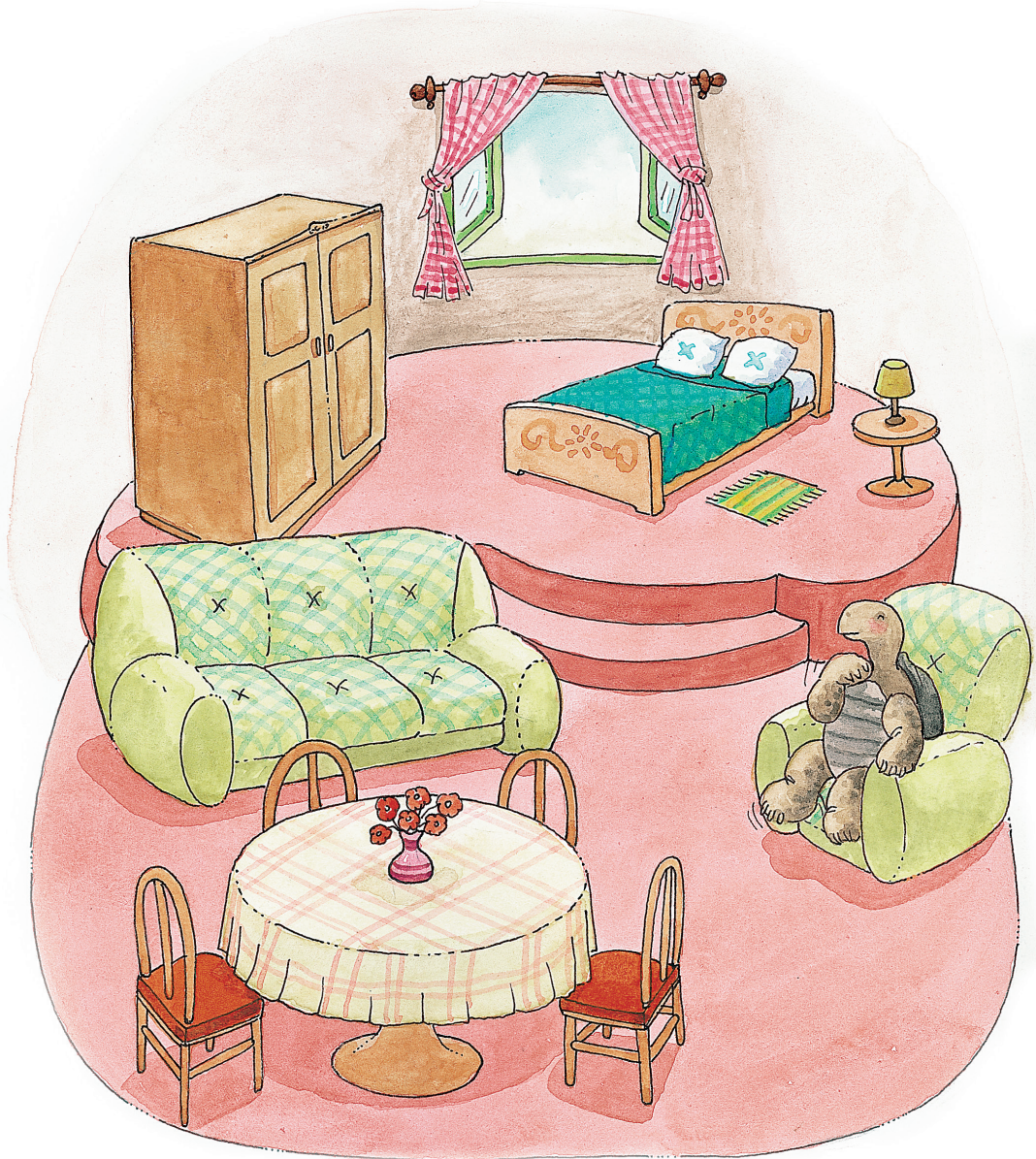
He aquí su secreto —tan bien guardado—: 11
tenía una pequeña amiga, una pequeña pasajera, que la ayudaba.
Su pequeña amiga se llamaba Anisilla.



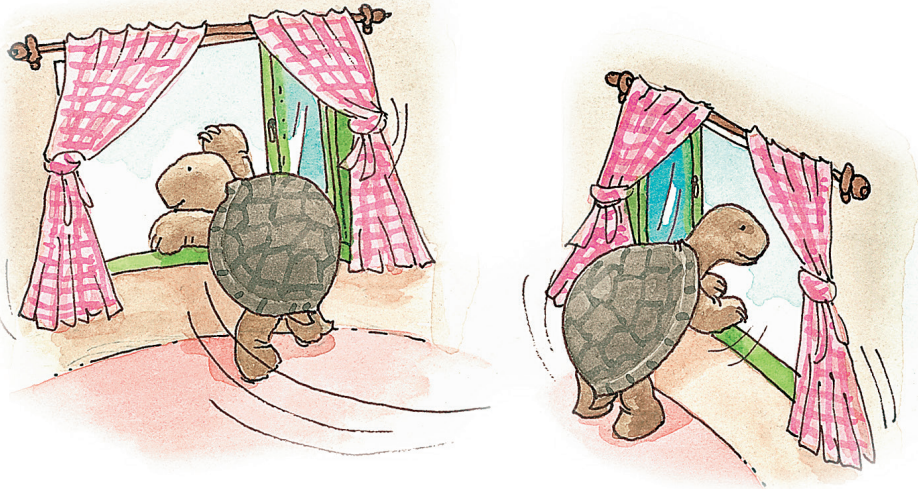
Anisilla era una tortuga tan chiquitita como una uña y la llamaban Anisilla porque, además de chiquirritita, era marroncita como un granito de anís. Anisilla veía muy bien pero era tan

12 pequeña que tenía mucho miedo de que la pisasen en las calles de la ciudad.

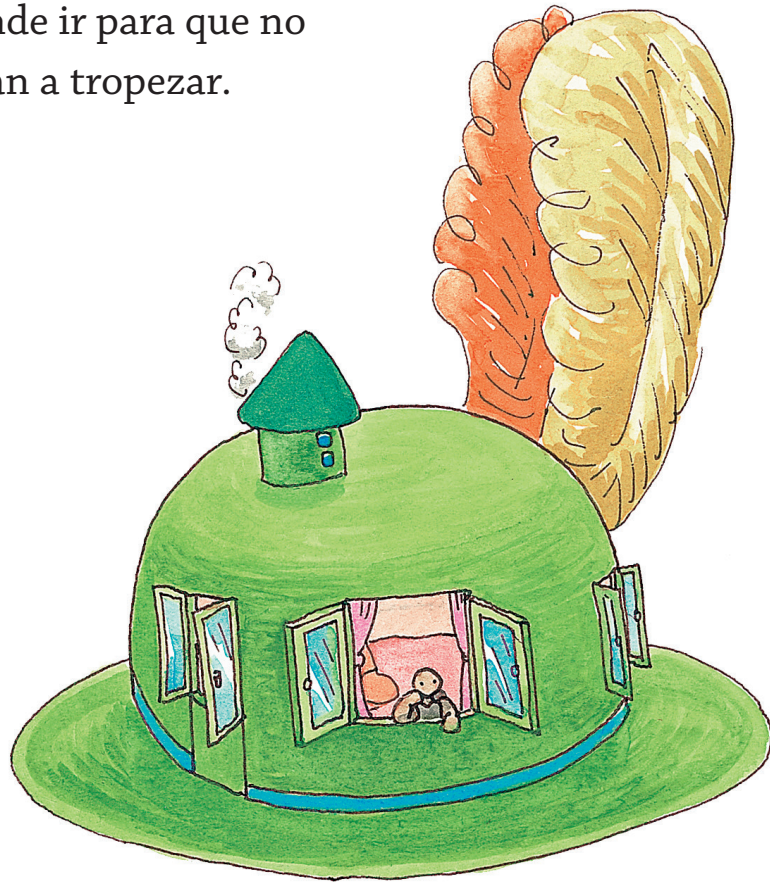
Anisilla vivía en el sombrero de la Mena. Allí, dentro del sombrero en forma de hongo, tenía una casa muy linda: un cuarto con su cama y un gran armario, una sala con dos cómodos sillones y un comedor con una mesa redonda y cuatro sillas.

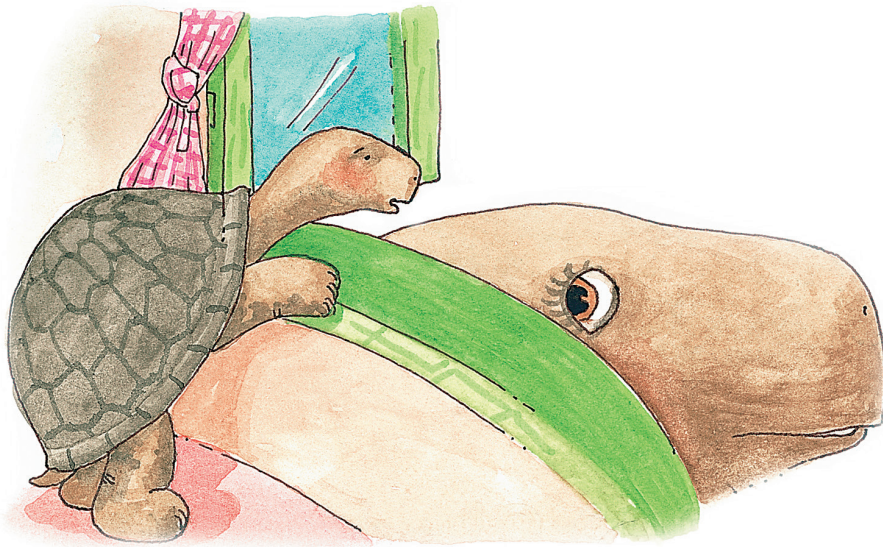


La casa de Anisilla tenía cuatro ventanitas:
una miraba adelante, otra miraba atrás,
la tercera miraba a la izquierda, y la
cuarta ventana, a la derecha.



Cuando salían a pasear por las calles de la ciudad, Anisilla abría las ventanitas de su casa y, así, desde el sombrero, le iba diciendo a la Mena por dónde ir para que no se fueran a tropezar.

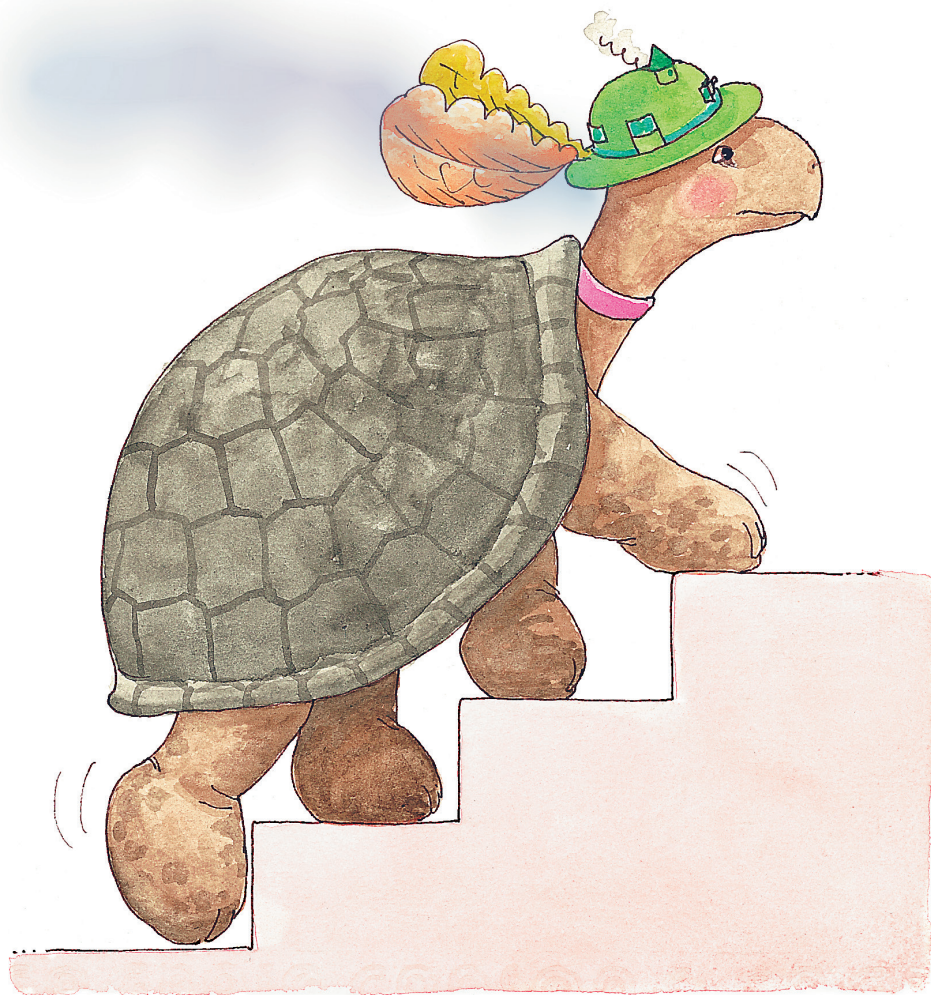




Como la Mena era tan grande, a Anisilla le resultaba fácil —la mayor parte de las veces— dirigir a su amiga: desde lo alto, siempre se ve más lejos.

Lo más complicado era subir y bajar escaleras. Para subir, Anisilla estiraba el cuello por la ventanita delantera del sombrero, calculaba la distancia entre escalón y escalón y gritaba:

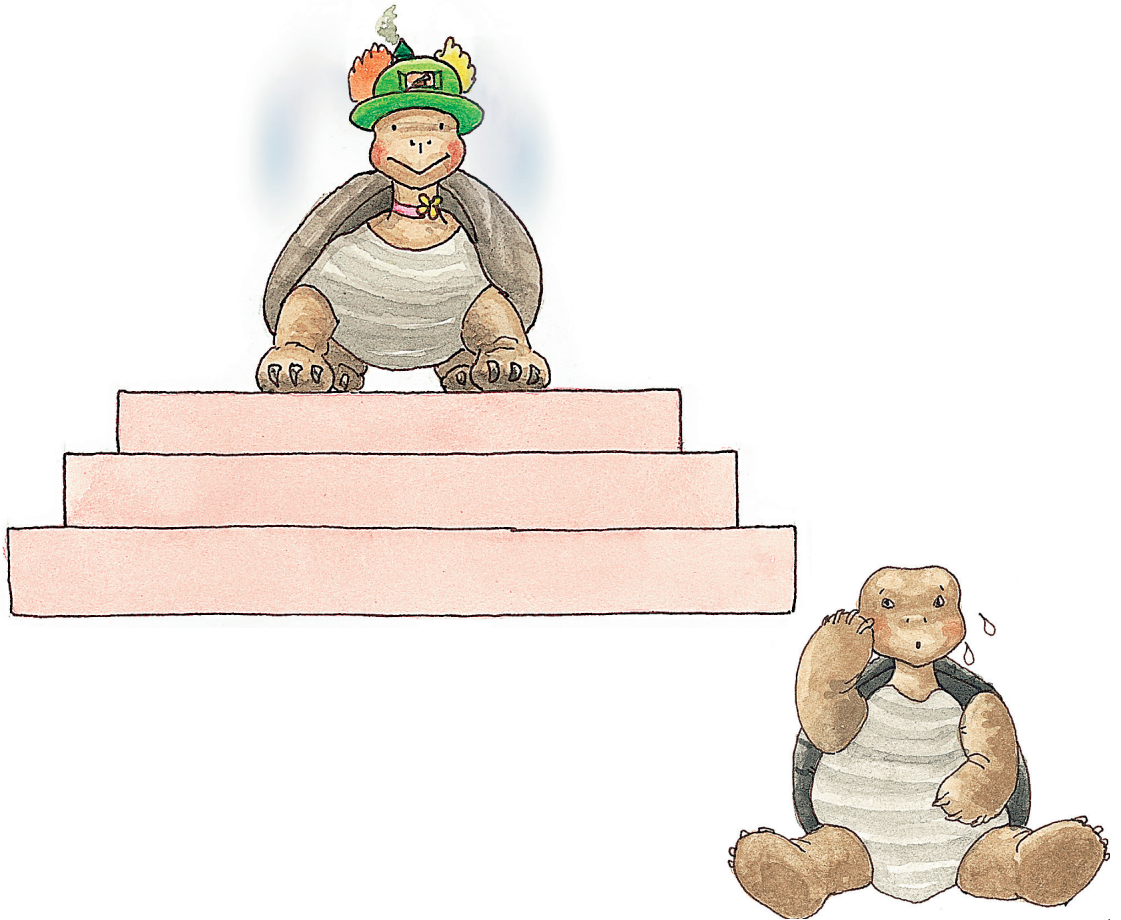
—Patita delantera derecha: treinta centímetros más adelante... ¡Ahora sí!
Patita delantera izquierda arriba...
¡Arriba!... ¡Ya!



Corría a la ventana de atrás y seguía:

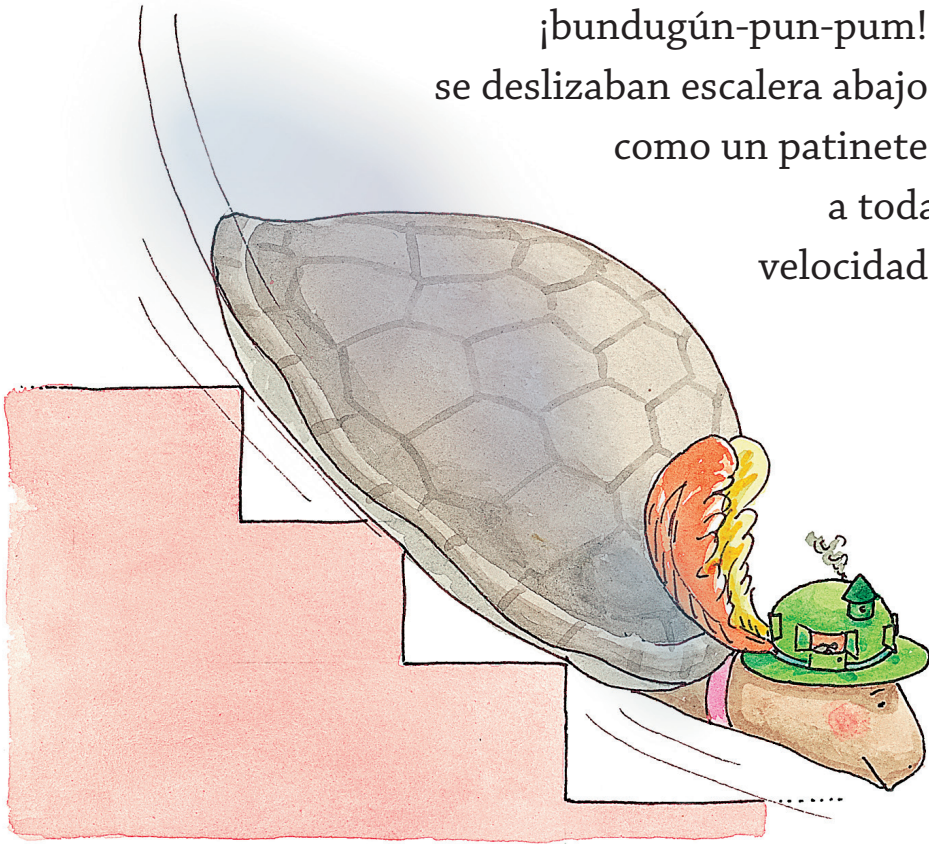
—Patita trasera derecha arriba: arriba...

Un poquito más... ¡Eso, eso! Patita trasera izquierda va para arriba y... ¡Ya!... ¡Uf! ¡Qué trabajo! —terminaba Anisilla.



Bajar escaleras era más fácil
y más divertido, pero igual de trabajoso
para Anisilla: guiaba a la Mena
hasta el borde de la escalera, las dos
recogían las patas y Anisilla metía la
cabeza dentro del caparazón y...

¡bundugún-pun-pum!, 19
se deslizaban escalera abajo,
como un patinete,
a toda
velocidad.



Esta faena dejaba la casa de Anisilla como si un torbellino la hubiese pasado por encima. Por eso a Anisilla, bajar escaleras le resultaba casi tan trabajoso como subirlas: le tocaba ordenar todito después.

20

A veces, cuando corría algún viento, las plumas del sombrero tapaban alguna de las ventanitas y... ¡putún!, la Mena se tropezaba y ambas se golpeaban y asustaban un poco. Pero se daban un masajito y se consolaban, luego se reían y continuaban su camino.

